

## **Cuentos & Cuentistas**

### **James Ellroy y el horror del crimen**

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

Siendo un lector apasionado de novela negra desde edad temprana, el descubrimiento de James Ellroy fue algo así como un flechazo de odio o una revelación satánica, después de haber pasado años disfrutando del estilo seco y sugestivo de un Hammett, del ingenio y el idealismo brusco de un Chandler, o de la prosa elegante y metafórica de un Ross McDonald, por honrar primero a la trinidad sagrada. Aquellos que hicieron la posta, como lo saben los seguidores del género negro, fueron auténticos escritores prolijos: poetas como David Goodis o William Irish, sólidos realistas como Jim Thompson u Horace McCoy, humoristas cachondos y medio sádicos como Mickey Spillane o Richard Prather. Entre muchos otros autores, por cierto, donde ha habido desde aplicados seguidores (Charles Williams, William McGivern) a innovadores sutiles (James Cain, Fredric Brown), así como lúcidas y dotadas cultoras del manierismo *noir* (Sara Paretsky, Linda Barnes, Patricia Cornwell)...

Pero James Ellroy, nacido en Los Angeles en 1948, pateó el tablero del género negro (sin por eso desconocer su deuda con Hammett), sobre todo para los lectores metódicos y pacíficos, haciéndolos hundir la cabeza en una sucesión de horrores sin recato; un mal gusto expansivo y total desdén por lo literario; una brutalidad exenta de humor como no fuera del más sangriento; en fin, un “estilo”, por llamarlo así, que cambió radicalmente la manera de escribir y entender el género negro.. Claro que su biografía lo ayudó: alcohólico y drogadicto reformado, fetichista (ladrón de ropa interior femenina), nazi confeso, vagabundo (se jactaba de haber comido carne de perro), con temporadas en cárceles y sanatorios para enfermos mentales. Por eso le han llamado “el perro rabioso de la literatura norteamericana”.

Reconozco que en un momento decidí no leer más a Ellroy porque me estaba volviendo adicto. Pasé momentos alucinantes enganchado con *La dalia negra*, lo más grande que se ha escrito en novelización de un crimen real desde *A sangre fría* de Truman Capote. Preferí no seguir con Ellroy porque temí que no iba a poder leer otra cosa. Y paré por un buen tiempo, con varias novelas suyas mirándome desde los estantes, con aires meretrices. Hasta que durante un viaje encontré en una

librería del aeropuerto de Atlanta lo que es tal vez el único volumen de relatos breves (ya que se hace difícil apelarlos cuentos) de James Ellroy. Su título: *Crime Wave* (1999).<sup>1</sup>

Se trata de una recopilación de textos escritos entre 1993 y 1999 para una revista neoyorquina llamada *GQ*, y son bastante amplios en su concepción y enfoque. Hay desde crónicas de crímenes reales a ficción negra (en algunos casos bordeando el delirio surreal), y de allí Ellroy pasa a introspecciones autobiográficas. Entre las últimas, un tema que constituye una obsesión recurrente de este autor: el asesinato de su propia madre, ocurrido cuando él tenía diez años, y que todavía es un crimen no resuelto por la policía de Los Ángeles. En el relato “El asesino de mi madre” cuenta de donde le viene la afición por narrar: “Mi madre decía que había visto a los del FBI abatir a tiros a John Dillinger. Tenía diecinueve años, acababa de llegar del campo y era alumna de una escuela de enfermeras. Mi padre decía que había tenido un lío con Rita Hayworth. Les encantaba contar historias y rara vez dejaban que la verdad estropeará una buena anécdota. Su único hijo, con el tiempo, se dedicaría a escribir horribles historias de crímenes”.

Pero lo más importante es que Ellroy desarrolla aquí, y lleva a su límite, una manera de escribir que ya había experimentado en su novela *Jazz Blanco* (1992), perteneciente al ciclo de novelas llamado “Cuarteto de Los Ángeles”. Un estilo de frases breves, cortantes y desnudas, cercano a los partes policiales o el periodismo escandaloso. Mucho argot, a menudo carente de sintaxis en su afán de precisión; aunque con un tremendo poder seductor, ayudado por recurrentes repeticiones. Tal precisión alcanza a menudo a sus personajes.

En los cuentos de *Ola de crímenes* desfilan nombres conocidos, astros de la pantalla y el *show-business*, ligados a la droga, la prostitución, la migración ilegal o la corrupción policial. Por eso no es raro que se llamen Frank Sinatra o Sammy Davis Jr. (unidos por una relación de odio y desprecio mutuo, fundados en el racismo más vulgar), Lana Turner o Barbara Stanwyck (marimacho de las ligas mayores), Robert Mitchum (aficionado a las putas negras y borracho) o Rock Hudson (loco por los jovencitos bien dotados); además de apariciones de los Kennedy, editores dipsómanos o marihuaneros, boxeadores descerebrados, cineastas estupradores y músicos de la peor calaña. Hasta Aldous Huxley drogándose gana un cameo por ahí.

---

<sup>1</sup> Después conseguí una traducción: *Ola de crímenes*, Ediciones B, Barcelona, 2000.

Su afán demoledor de mitos lo expresa en esta parrafada del relato “Hush-Hush”, donde hace declamar así al editor de una revista especializada en habladurías: “Las masas están predispuestas de forma ambivalente con respecto a las celebridades. Las adoran con locura. Les entregan su adulación adolescente y a cambio reciben desprecio... Es idolatría idiota. Las revistas de fans encienden la llama de unas fantasías fatuas y refuerzan el hecho de que tus estrellas favoritas nunca follarán contigo. Las revistas de escándalos roen ese esfuerzo y ...destronan a unos ídolos para quienes no cuentas en absoluto. Es venganza revisionista. Reduce tus amores no correspondidos a tu propio nivel de erótica errática. Destroza a los ricos y a los regios y los tira por la alcantarilla que tienes al lado. Te liberan díscolamente para que puedas amarlos como si fueran uno de los tuyos.”

Algo que los lectores de sus novelas conocen bien, es la forma caótica y a menudo desquiciada con que él mismo, cuando se pone de protagonista (o elige a un detective obseso y medio psicópata) afronta la tarea de descifrar un crimen. Lo expresa en esta parrafada del cuento “Abandono de cuerpos”, sobre un crimen no resuelto que lo impulsaría después a investigar el de su madre, ocurrido cuarenta años antes: “Saber algo no significaba que uno pudiera demostrarlo. Unos recuerdos defectuosos generaban informaciones erróneas. Unas interpretaciones hipotéticas imponían lógica sobre unos acontecimientos caóticos que rara vez confirmaban los testimonios de primera mano. Las pruebas estaban mal situadas. Los testigos morían. Sus herederos revisaban y volvían a contar las historias de manera imprecisa. El consenso en las opiniones rara vez equivalía a la verdad. El paso del tiempo y las nuevas perpetuaciones del horror amortiguaban la reacción al antiguo horror. Las víctimas eran definidas exclusivamente como víctimas”.

El caso tal vez más famoso de los años 90 es recreado por Ellroy en el relato “Sexo, oropeles y codicia. La seducción de O.J. Simpson”, de original factura. Un prelude de lo que hoy es una práctica común: la ventilación a veces exhaustiva de los detalles más escabrosos en las vidas privadas de los famosos, un coto de caza de la TV y la prensa farandulera. El relato “Venido del pasado” permite una aproximación a su forma de construir narrativa. Ha confesado además que se apoya en asistentes para buscar información y no cometer errores. En fin. Ahora, la explotación que hace del crimen de su madre, puesto en el relato “El asesino de mi madre”, aunque también antes en su segunda novela, *Clandestino* (1982), en la dedicatoria de *La dalia azul* (1987), en el espacio que le dedica en sus memorias

tituladas *Mis lugares oscuros* (1996), así como en otras de sus obras, hacen de James Ellroy un personaje no menos deleznable que los que disecta en sus novelas y cuentos. Por eso no son muy convincentes las autoflagelaciones con que salpica los relatos ni menos las declaraciones de amor, bastante ambiguas, dirigidas a su progenitora...

La verdad es que no dan muchas ganas de seguir leyendo a este señor. ¡Se corre el peligro de caer en la tentación de plagiarlo!

